

COLOQUIO SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN LA UNPHU



ORGANIZADO por el Departamento de Letras del Decanato de Humanidades, y con la cooperación de la Extensión Cultural, la Universidad Nacional “Pedro Henríquez Ureña” organizó un “Coloquio sobre la personalidad de Pedro Henríquez Ureña”, en el salón de actos del Campus No. II.

Ante un salón colmado de estudiantes, profesores y autoridades de la UNPHU, se agotaron temas diversos acerca de la personalidad del ilustre intelectual dominicano que ha dado nombre a la Universidad y que muchos consideran el primer humanista de nuestro continente.

Sirvió de moderador el Profesor, Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Encargado de la Extensión Cultural, quien a su vez, agotó uno de los temas que se trataron, a instancia de algunos de los estudiantes. Tras una breve presentación de los disertantes por el Profesor Antonio González, Director del Departamento de Letras se inició el coloquio.

La Lic. Ruth Nolasco, del Departamento de Humanidades, presentó a Pedro Henríquez Ureña como educador.

Para la Lic. Nolasco la cualidad principal de Henríquez Ureña como maestro era su empatía y la entereza y dignidad de su vida. Ella pregunta: “¿Quién es maestro? ¿A quién podemos llamar con ese nombre?” y de seguida explica: “Ni quien enseña hechos aislados ni quien trasiega conocimientos como si fuera una enciclopedia.

“Maestro es quien enseña con su ejemplo una manera de tratar las cosas; un estilo de enfrentarse con el universo, saber dar vida a ideas muertas que luego siguen vivas a través del tiempo.” y sigue explicando: “Cuando encontramos un hombre que comunica inquietud por los problemas, espoleado por el deseo de realizar la perfección en su vida, en una búsqueda continua de vivir el amor: amor al conocimiento, pero, ante todo, amor al hombre; amor a nuestra América, a sus valores, a su cultura, amor a la patria, estamos en presencia de un maestro.”

Tras ponderar las virtudes docentes de Pedro Henríquez Ureña, la Lic. Ruth Nolasco interroga con palabras del maestro: “¿Qué justicia podría exigirse del mundo si no sabemos ajustar nuestra vida a la justicia y a la verdad?”. Y en su devoción por la cultura hacía suya la frase de que “No sólo debemos trabajar por la cultura, sino sufrir por la cultura”.

Más adelante agrega, al adentrarse en el quehacer docente de Pedro Henríquez Ureña y su alta calidad como maestro: “Nunca creyó que ese cultivo de su espíritu, esa ansia de sabiduría era para guardarse algo para él; todo era para los que tuvieran curiosidad por saber y avidez de educación. Interesantes son sus reflexiones sobre el papel de las Universidades. Las considera centros destinados a la libre investigación y también a la aplicación práctica de la cultura. Y como difusora de cultura, proyectada al pueblo, a la sociedad”.

Al llegar aquí la Lic. Nolasco se hizo las siguientes preguntas y formula la afirmación final: “¿Hasta dónde llega la acción, los efectos de una personalidad que como la de Pedro Henríquez Ureña, ha escogido la educación como eje de su vida? ¿Quiénes son los que lo han escuchado dejándose calar, permear por su palabra? ¿Quiénes lo han leído quedando modificados, trocados por sus escritos? ¿Para quiénes lo aprendido ha sido objeto de meditación, de cuestionamiento? Lo único que sí puede afirmarse es que aunque terminaran sus días sobre la tierra, su pensamiento y su palabra prolongan su vida en el recuerdo y en sus libros”.

Termina, al fin, la disertante con un acento triste,

evocando la muerte del gran intelectual dominicano:

“El hombre que vivió para enseñar, murió en la misma forma: El 10 de mayo de 1946, en el tren que lo llevaba al encuentro de sus discípulos de la Universidad de La Plata, lo sorprendió la muerte”.

A la Lic. Nolasco siguió el alto intelectual Ramón Emilio Reyes, Poeta, Escritor y Novelista, y profesor de Humanidades en la UNPHU.

Reyes trató a Pedro Henríquez como paradigma de la intelectualidad hispanoamericana.

El Dr. Ramón Emilio Reyes afirmó que a través de la obra de Pedro Henríquez Ureña podemos tener la síntesis cultural dominico-hispániconorteamericana.

“Creo — afirmó — que esa síntesis reúne en un solo haz de propósitos, mundos inseparables: la Madre Patria, la nuestra y Norteamérica”.

Significó que la vida de Pedro Henríquez Ureña revela puntos comunes con la de todos los verdaderos intelectuales de este país, así como los de América y el mundo sub-desarrollado, por la gran cantidad de dificultades con que realizan sus actividades de cultura, y por su constante preocupación por el orden.

Consideró a Henríquez Ureña — por el primero de esos puntos — “el Cristo de nuestras vicisitudes históricas”. El disertante citó al respecto opiniones de importantes críticos hispanoamericanos, entre ellos Carlos D. Hamilton, Alfonso Reyes, Anderson Imbert, y también a Juan Jacobo de Lara, biógrafo y estudioso del autor homenajeado.

En opinión de Hamilton hay más información en un solo ensayo de Henríquez Ureña que en todos los textos de nuestra cultura reunidos. Por su parte asegura el mexicano Alfonso Reyes que el autor de *La Cultura en la América Hispana* es un modelo de sobriedad suficiente, en quien “el molde era siempre del tamaño de la idea que encerraba”.

El profesor Reyes se refirió a la obra de Henríquez Ureña,

enumerando algunas de las que él juzga dificultades y penurias a través de las cuales existe un vínculo simbólico, cuya corporeización se logra en la figura del intelectual. Entre esos problemas figuran los siguientes: las tergiversaciones verbales; la ausencia de remuneración económica; ver la familia dividida por la intriga; el desprecio de quienes se sienten molestos por la corrección al hablar, la cultura o la capacidad, la constante espera de reivindicaciones que no llegan y dan lugar a muertes y enfermedades de familiares; el hecho de que no se considere valiosa en sí misma la labor intelectual, sino cualquier aditamento que la acompañe. También vivir enredado entre temores ideológicos, que llegan desde uno y otro bandos extremos; presiones para enrolarse en causas sin crecer en ellas; incomodidad de una vida inhumana; ser víctima de “reflejos condicionados” provenientes de un ambiente hostil; engaño de las más legítimas ansias por sustitutivos; promesas sin cumplimiento; indiferencia general.

Reyes acabó ponderando las altas virtudes de Pedro Henríquez Ureña como paradigma de intelectuales.

El turno pasó, entonces, al profesor de literatura Dr. José García Abreu, quien habló de Pedro Henríquez Ureña y la crítica literaria, uno de los aspectos al que nuestro humanista dedicó un mayor espacio de sus preocupaciones. “Los temas críticos — empezó expresando el disertante — los presentó Pedro Henríquez Ureña por medio de ensayos. Su ensayística la podemos dividir (como plantea el prof. Juan Jacobo de Lara) en: Literatura Europea, Arte y Música, Literatura Española, Literatura Hispanoamericana y Literatura Norteamericana”. Y aclara: “Es al Pedro Henríquez Ureña crítico de la literatura al que nos vamos a referir” y advierte con una sonrisa: “Someraamente”.

Sin mayor preámbulo, García Abreu advierte que a Henríquez Ureña nunca le agradó que lo calificaran como crítico, pues él siempre se llamó a sí mismo ensayista. Y cita a seguidas un párrafo del prof. Juan Jacobo de Lara, en el que éste dice: “La crítica no es más que una de las cualidades de su

ensayo al juzgar algo literario o algo histórico, algo de arte o algo de cultura”.

Habla, entonces, el exponente, de los ensayos de literatura hispanoamericana de P.H.U., ponderando cómo, a medida que avanzaba más en este mundo mágico de en crítica hispánica se iba apasionando más. Alude entonces al libro *“Seis ensayos en busca de nuestra expresión”*, publicado en 1928. Y añade: “Hoy día grandes personajes de América y el mundo, desde Alfonso Reyes a Borges, desde Anderson Imbert hasta Ernesto Sábato, afirman que Pedro Henríquez Ureña es parte de la base (y base clara y profunda) del sentir cultural y la identificación de la cultura de América Latina”.

García terminó su disertación con las siguientes razones: “Es una realidad indiscutible hoy, que con Pedro Henríquez Ureña y algunos pocos, nace en serio y en profundidad la crítica sobre la literatura de América Latina. No hay ningún crítico de hoy, en el continente, que pueda echar de lado lo que dijo Pedro sobre nuestra cultura, desde los días de la colonia hasta cuando vivió, porque, sin discusión, es uno de los pocos maestros de América”.

Entonces le tocó el turno al Lic. Dámaso Tomás Bello, connotado lingüista del Departamento de Letras de la UNPHU.

La intervención de Bello fue una verdadera cátedra lingüística de alta erudición. Empieza diciendo: “Puesto que he de referirme a Pedro Henríquez Ureña en su calidad de filólogo y lingüista y estos dos términos han sido tratados tradicionalmente con criterios unívocos, iniciaré mi breve intervención delimitando ambos conceptos”. Y de seguida empieza sus explicaciones en el maravilloso campo que él domina tan bien:

“El término “lingüística” se aplica al estudio científico del lenguaje humano y se inscribe dentro de la semiología: vocablo acunado por Ferdinand de Saussure al designar “la Ciencia que se ocuparía de estudiar todas las manifestaciones de alguna manera codificadas bajo principios más o menos convencionales” (ver Cerdá pág. 16).

Y continúa: “Así pues, la lingüística, en cuanto se ocupa

del lenguaje articulado, estudia una concreción específica de la capacidad expresiva del hombre. (ver Cerdá pág. 15). La Filología, en cambio, se ocupa de la interpretación de textos: fijación cronológica, descripción de los caracteres gramaticales, interpretación de la relación del texto con el ambiente cultural que lo genera, etc.

“El conocimiento del lenguaje de que se ocupa el filólogo (sus sonidos, sus formas y sintaxis y vocabulario, su desarrollo histórico y caracteres estadísticos), son para el filólogo sólo un medio enderezado a su fin. Su intención primaria, fundamentalmente semántica, es captar el contenido de la palabra escrita o hablada. Resulta, no obstante, explicable la confusión entre Filología y Lingüística: la lingüística es hija de la filología (Malmberg, pág. 2). Para la labor interpretativa de los manuscritos, los filólogos tuvieron que comprender la naturaleza del lenguaje que les interpretaba. Así, de la Filología nació la Lingüística.

El filólogo tiene que resolver a menudo problemas fonéticos, morfológicos o sintácticos o rastrear una serie de cambios semánticos (problemas puramente lingüísticos).

“De la Filología comparada — continúa Bello — salió la lingüística histórica del siglo XIX, cuando aparece el término *lingüística*, registrado por Balbi A., en la *Introducción* a su *Atlas Ethnografic Du Globe* en 1826. El uso frecuente de “filología” para designar cualquier género de investigación lingüística refleja la inicial sumisión de la lingüística a la filología. El término “lingüística” ha ido ganando terreno en castellano desde hace relativamente poco tiempo. Algo semejante ha ocurrido con el vocablo inglés “linguistic”. *Philologie* y *Linguistic* fueron términos equivalentes en francés. Y en alemán *Sprachwissenschaft* cubre tanto la Filología como la Lingüística.”

Después de este primer derroche de filología y lingüística, como exordio a su intervención, el profesor Bello destaca la labor de Henríquez Ureña en estas disciplinas. Empieza diciendo: “Es quizá, en el campo de la filología y la lingüística, en su justa delimitación, donde el genio de Pedro Henríquez

Ureña manifiesta mayor evidencia, si bien su influencia en esta área no tuvo la repercusión esperada, debido a que los estudios filológicos—lingüísticos estaban poco desarrollados en su época. Hoy, sin embargo, filólogos, lingüistas y sociólogos están contestes en que en esta área Pedro Henríquez Ureña fue un verdadero precursor, no sólo en el país sino en América”. Y reafirma este aserto con una cita de Juan Isidro Jimenes Grullón, en su libro: *Pedro Henríquez Ureña: Realidad y Mito* (pág. 136), donde afirma: si se toma en cuenta que la filología y la lingüística son ciencias de cultivo reciente, tanto en España como en nuestra América, los aportes de nuestro autor a ellas cobran mayor valor. Fue él en esta disciplina un auténtico pionero que, si no creó una escuela, dejó seguidores (como Amado Alonso) de notorio relieve.”

Esta cita de Jimenes Grullón, traído a su disertación por Bello, tiene una gran importancia porque el libro de donde se extrae presenta desmedrada la obra del gran intelectual dominicano. Y Bello agrega a la cita: “Cada trabajo de Pedro Henríquez Ureña amerita un estudio monográfico particular. Sin embargo, por obvia razón de tiempo he de contentarme con apenas enumerar sus aportes más relevantes”.

“Vale la pena señalar — continúa — sus estudios relativos a la existencia de áreas subdialectales en América, derivadas, supuestamente, de zonas dialectales: véanse sus trabajos *Observaciones sobre el Español de América* (1921); *El supuesto andalucismo de América* (1925) y *El supuesto andalucismo dialectal de América* (1936), donde el autor se opone a la tesis de áreas sub-dialectales derivadas de equivalentes dialectales en la Península, aduciendo documentadas razones de índole lingüística, geográfica y de estadística poblacional”.

Bello continúa analizando la obra lingüística de Pedro Henríquez Ureña, presentándolo como el gran precursor de la dialectología en el área del Caribe con estas ponderadas razones:

“En *El Español de México y sus vecindades*, concluye Pedro Henríquez Ureña que los fenómenos lingüísticos,— y aquí los cita — observados en esta zona se hallan dondequiera que se hable español: España, América del Sur, Filipinas, Judíos de los

Balcanes, etc.; pero persisten allí rasgos peculiares, características.”

Bello termina aquí la cita, y continúa: “Los estudios filológicos sobre lexias específicas: *El enigma del aje, papa y batata, boniato, caribe*, etc., constituyen una valiosa aportación a la historia de los indigenismos en América. Junto a Pichardo, en Cuba (1928) y Navarro Tomás, en Puerto Rico (1938), Pedro Henríquez Ureña se revela como el verdadero precursor de los estudios dialectológicos en el Caribe”.

Y el disertante se apoya en la opinión del más joven filólogo de nuestro país, el brillante académico Max Jiménez Sabater, y otros filólogos antillanos, cuando dice: “Así lo demuestra su trabajo *El Español en la zona del Caribe*, en que presenta muestras de La Habana, Santo Domingo y San Juan de Puerto Rico (véanse los trabajos posteriores), de Humberto López Morales: *El español de Cuba*; Max Jiménez Sabater: *Más datos sobre el español en Santo Domingo* y Jorge Guitart: “*A propósito del español de Cuba y Puerto Rico: Hacia un modelo sociolingüístico, lo sociodialectal* (véanse igualmente los trabajos de Tracy Terrell).”

Luego de estas citas, Bello sigue analizando la fecundísima labor lingüística de Pedro Henríquez Ureña:

“En *Palabras Antillanas* — continúa — analiza las fuentes principales de las palabras indígenas de América en el español; el *Taíno*, en las Antillas; el *Nahuatl*, en México; el *Quechua*, en el Perú.

Pedro Henríquez Ureña sienta las bases de los estudios lingüísticos en el país y cita a la autora de *Estudios Lingüísticos de Santo Domingo*, cuando dice: “Su obra *El Español en Santo Domingo*, representa el inicio de la historia de la lingüística en el país”; y a Jiménez Sabater, que confiesa: “Después de 1940, fecha de la primera edición de *El Español en Santo Domingo*, bien poco se ha trabajado en esta zona antillana, desde el punto de vista lingüístico”.

Hechas estas dos citas, sigue a continuación Bello con su ponderado trabajo sobre la gigantesca labor del gran dominicano en el análisis de la lingüística: “Pedro Henríquez Ureña nos

ofrece en su libro una descripción del castellano dominicano en sus diversos aspectos, fonético morfosintático y léxico. Divide la República Dominicana en regiones dialectales con sus rasgos propios, que se manifiestan de un modo diferente en la población urbana y en la rural.

“En cuanto a la influencia africana Henríquez Ureña la reduce al léxico y dice que en el vocabulario no hay más africanismos que los que pertenecen al español general: cachimbo, mandingo, fereferes, etc. Max Jiménez Sabater, sin embargo, localiza un rasgo fonológico en Villa Mella: la neutralización de los fonemas (d) y (v) en posición intervocálica. Es posible que la influencia africana, al menos en el léxico, sea mayor que la prevista por Pedro Henríquez Ureña.”

“No cabe duda de que después de 40 años de la publicación de *El español en Santo Domingo* la realidad lingüística dominicana presenta diferencias.

“Nos llama particularmente la atención el auge que está tomando el desarrollo de una serie de tendencias dialectales de orden fonológico y morfosintático (apuntados ya por P. Henríquez Ureña), como viene a ser el caso de la pérdida total de la s final, de sílabas y palabras y la consiguiente reestructuración de la categoría del número en los sustantivos y adjetivos.

“En el aspecto léxico, la injerencia de construcciones y términos calcados principalmente del inglés y la presencia reciente, aunque cada vez más abundante, de expresiones consideradas como vulgarismos por el resto de la comunidad hispánica culta.

“Asistimos hoy día a un proceso de empobrecimiento paulatino del vocabulario, con una marcada tendencia a sustituir nuestro caudal léxico por unas pocas centenas de palabras básicas y formas estereotipadas, reduciendo así mismo, posibilidades comunicativas y expresivas a una evidente indigencia léxica.”

“La situación lingüística en el país se evidencia todavía peor si pensamos en la forma en que se realiza la enseñanza del

lenguaje en nuestros medios educativos, sobre todo, en los niveles pre-universitarios, donde prevalece el énfasis excesivo sobre la gramática normativa, llegando a confundirse el término *lenguaje* con el de *gramática*".

No obstante la larga exposición del profesor Dámaso Bello, el público mostró gran interés por los temas que se desarrollaban, y aplaudió el anuncio de la intervención del Dr. Carlos Federico Pérez, ensayista, novelista y presidente de la Academia Dominicana de la Lengua.

El moderador anunció el tema del Dr. Pérez: "Dominicanidad en Pedro Henríquez Ureña".

El Dr. Pérez inició así su intervención: "No han faltado, entre nosotros, quienes han dicho e insinuado la ausencia de dominicanidad en Pedro Henríquez Ureña. Han partido para tan inquietante acusación del hecho de que la mayor parte de su vida transcurrió en playas extranjeras, Al adoptar ese punto de vista no solamente han sido injustos sino también revelan una supina ignorancia acerca de la vida y la obra del gran humanista.

"Es cierto que Pedro Henríquez Ureña agotó la mayor parte de su emuladora existencia fuera de los lares nativos, pero no es menos cierto, refiriéndonos a su vida, que no obstante tentadoras oportunidades y ofertas, preservó incólume y enaltecó siempre su condición de dominicano y que, gracias a ello, siendo el compatriota cuyo nombre tiene mayor circulación en los círculos culturales y la producción intelectual extranjeras, su nombre aparece infaliblemente vinculado a su nacionalidad dominicana".

Habla entonces Pérez, de ese afán de desmedrar la esencia dominicanista de la obra de Henríquez Ureña y la desautorización para opinar que tienen los que conocen sólo la cáscara de una obra medularmente profunda y dominicanista.

Opina: "Nuestros sentimientos dominicanistas no deben llamarnos a engaño para desconocer ciertas auténticas realidades. Los horizontes culturales de nuestra patria hubieran resultado estrechos para la mirada penetrante de nuestro gran humanista.

"Su sed de saber y su sed de extender el mensaje de la cultu-

ra requerían un ámbito más amplio que el que podían ofrecerle nuestras limitaciones. Por otro lado, ese deambular por los caminos de América, con la antorcha en alto de las luces de la cultura, en vez de desmentir su dominicanismo, lo confirma plena y enaltecedoramente, pues bien puede decirse que nada más propio de Santo Domingo que derramar luces y hazañas por todos los confines de sentimiento. Así lo testimonia nuestra historia”.

Al fin, con un orgullo profundo del destino cultural de su patria, el Dr. Carlos Federico Pérez terminó su intervención explicando la causa por la cual una obra fecunda de un gran dominicano no se gesta en su propia patria. Dice:

“Fuimos el núcleo de irradiación para incorporar el Nuevo Mundo a la cultura de Occidente cuando nuestra isla se convirtió en centro de la grandiosa empresa del descubrimiento y la colonización. Luego, avatares y vicisitudes, así como el apego a la libertad, lanzaron a miles de dominicanos hacia playas de los países hermanos, y muchos de ellos alumbraron conciencias y difundieron la ilustración mientras otros sumaron sus corazones y dieron sus brazos a las luchas por la libertad”.

“Si tenemos en cuenta tan preclaros antecedentes, si bien ello se cumplió al precio de ausencias dolorosas y de vacíos empobrecedores, no es menos cierto tampoco que la historia lo hizo signo de dominicanidad para honra y prez de la tierra nativa”.

“Dentro de ese mandato se incluyó en nuestra época Pedro Henríquez Ureña y, al obedecerle, no hizo más que renovar, con timbres de gloria, en el conocimiento de hombres de otras latitudes, el nombre de dominicano y la legítima ubicación que corresponde a nuestra tierra en la historia de la civilización y la cultura americanas”.

Al tocarle el turno al Dr. Manuel de Jesús Goico Castro, a quien se le había confiado el tema de “Pedro Henríquez Ureña, apóstol de un ideal”, extrajo de un pequeño tarjetero una serie de notas que, ordenadas, produjeron una elocuente y magnífica disertación.

Improvisando dijo: “Pedro Henríquez Ureña fue un

auténtico apóstol. Su función no tuvo las limitaciones técnicas y docentes de dar cátedras de filología, de historia de la cultura, de literatura española y latinoamericana, de historia del Arte y de otras materias afines, sino que difundió en todo el continente una doctrina para forjar la imagen cultural de América. Era un griego de la Edad de Pericles trasplantado al siglo XX y su voz de humanista y de filólogo, de dimensión universal, alcanzó gran resonancia en el corazón de los discípulos que tuvieron el privilegio de escucharlo en las Universidades de México, de Minnesota y de Harvard en Estados Unidos y de La Plata y Buenos Aires en la Argentina.

“Enrique Anderson Imbert en la *Historia de la Literatura Hispanoamericana* ofrece un testimonio elocuente del apostolado de Henríquez Ureña como maestro”. Y lee: “Tenía una prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura. Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías; y en su curiosidad por lo humano no descuidó ni siquiera las ciencias; su obra escrita, con ser importante, apenas refleja el valor de su talento”. “Dio lo mejor a los amigos, en la conversación, en la enseñanza. Donde viviera, allí creó ambientes, familias intelectuales, discípulos... Tenía preferencias racionalistas clásicas... era su pensamiento claro y constructivo”.

Luego hace el Dr. Goico dos citas de Fermín Estrella Gutiérrez (*Literatura Americana y Argentina*, Ed. Kapelusz. Buenos Aires, 1940. p. 543-544).

“El Académico Fermín Estrella Gutiérrez, discípulo de Pedro Henríquez Ureña, afirma que su maestro ocupa, como apóstol “un lugar de excepción entre los eruditos y americanistas de nuestro tiempo”... y que su espíritu ha estado “identificado con el alma de la raza y con el destino permanente – sin fronteras – de la inteligencia...”.

Y continúa: “Estrella Gutiérrez, poeta e historiador de la cultura deja constancia del pedestal que como apóstol y orientador se labró en mármol de eternidad Henríquez Ureña en la Argentina”.

Y lee la cita: “... se dedicó a la enseñanza, especialmente

en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, y a sus funciones de asesor de varias prestigiosas editoriales, su acción y su influencia en la cultura literaria de nuestro país hablan elocuentemente de cómo era de generoso, de universal y de profundo su magnífico espíritu de hombre y escritor”.

Después de esta cita, continuó el Dr. Goico con su disertación diciendo:

“El apostolado de Henríquez Ureña cobra fuerzas desde la segunda década del siglo, proyectado desde las ágoras y los olimpos, primero de México y luego de Estados Unidos de América y de Argentina.

“Ya para 1925, Armando Donoso, el crítico chileno, en su obra *La otra América*, le consagra el capítulo: *Henríquez Ureña y la erudición* y afirma que después de Ventura García Calderón y Rubén Darío, Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide y Alfonso Reyes constituirán *la sorpresa que nos reserve el porvenir*. (Donoso, ob, cit.)”.

Luego cita a Alfonso Reyes que dice: “Se casó y se fue a la Argentina, a donde lo llamaba el destino y Arnaldo Orfila Reynal” (“Encuentro con Pedro Henríquez Ureña — Revista Iberoamericana, Ed. Citada p. 58”).

Y continúa:

“Armando Donoso dirige a Pedro una carta intitulada *Epístola al Filósofo* que llega a manos del maestro en la Universidad de Minnesota. En ese documento de profundidad filosófica, de impecable casticismo y de señorial solidaridad literaria, exalta su *socrática austeridad* y su inteligencia y “porque supo armonizar en sus dones el ímpetu dionisiaco con la gracia apolínea”. “Pláceme saber que su amor por los libros no le restaba bríos a su primavera y que tras la noche consumida en la atenta lectura del rancio volumen la alondra llegaba a anunciarle el florecer de cada mañana”.

Y comenta:

“Los fragmentos que hemos citado de la epístola los cerramos con este broche de oro, que es una reverencia y una exaltación al sabio dominicano, cincelado con el diáfano pensamiento del crítico chileno: “Tienen sus obras el don de la

gracia y de la sensibilidad; esa elegancia inconfundible que es fruto del trato frecuente con los dioses; que le ha elevado a usted, en nuestra América, al digno apostolado de un joven maestro”.

Y continuó:

“La más alta distinción que Pedro Henríquez Ureña recibió de los Estados Unidos de Norteamérica fue, sin duda, la invitación que le hizo la Universidad de Harvard para ocupar la cátedra poética denominada Charles Eliot Norton, célebre humanista estudioso de Dante y eminente hombre de letras norteamericano fallecido en 1908”.

Y cita a Henríquez Ureña:

“Hasta el año pasado (1940) — dice don Pedro — todos eran norteamericanos e ingleses (quienes ocuparon dicha cátedra), y entre ellos hombres tan autorizados como Gilbert Murray — que fue mi maestro — el célebre T. S. Elliot y Robert Frost”, “... fui el primer latinoamericano que ocupó esa alta tribuna”.

Y continúa Goico: “Roggiano destaca un curioso comentario que Henríquez Ureña formula durante el período en que fue orientador de la juventud norteamericana a través de sus cátedras en Minnesota, Harvard, Cambridge y otras Universidades: “Es interesante anotar que casi todos los famosos autores yanquis viven en el campo, haciendo así práctica *“la vuelta a la naturaleza”*”.

Y cita de nuevo a Roggiano: “Gracias a Pedro Henríquez, y poco después a otro distinguido hispanoamericano, el chileno Arturo Torres Riosco, quien también se doctoró en Minnesota con una tesis ejemplar, las universidades de Estados Unidos fueron abriendo sus puertas, cada vez más, a estudiantes y profesores de la América Hispánica. Y hoy casi no hay universidad de este país que no tenga alguno o varios profesores hispanoamericanos enseñando en sus aulas. Don Pedro fue el *pioneer* que abrió caminos de respeto y de gloria para todos nosotros. Por este mérito y por el de su obra escrita sobre la cultura de la América Hispánica, su nombre se venera casi como a un ídolo y su ejemplo alienta la vocación y el esfuerzo de

miles de hispanoamericanistas de las dos Américas. Se fue de Minnesota porque su corazón estaba en el ámbito de su lengua y de su raza. Pero mucho de él quedó flotando en el aire de Minneapolis como un eñuvio mágico y bienhechor. Todavía es posible conversar con compañeros de sus años universitarios y obtener de ellos esa impresión reconfortante”.

“En reconocimiento — continuó Goico Castro — a su contribución decisiva a la grandeza de la nación mexicana, Humberto Tejera incluye a Pedro Henríquez Ureña como capítulo de su libro *Cultores y Forjadores de México — Biografías* — (Libro Mex. Editores, México 4 de Julio de 1960, p. 5), junto a Vasco de Quiroga, Hidalgo Morelios, Andrés Quintana Roo, Valentín Gómez Farias, Melchor Ocampo, Justo Sierra, David Berlanga, Ignacio Ramírez, Silva y Aceves y otros tan grandes como los volcanes del Anáhuac.”

También se ocupa el disertante del amor de los argentinos por el humanista dominicano, al leer esta cita de Eduardo Jorge Vidiella: “Resulta caro a nuestros sentimientos el recuerdo de ese gran humanista que residió en nuestro país veinte años, dejando profundas huellas a través de sus enseñanzas en muchos catedráticos argentinos que tienen el honor de considerarse discípulos suyos” (Carta del doctor Eduardo Jorge Bidiella, Secretario de Asuntos Académicos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del 5 de Mayo de 1976).

Y remata con esta cita del gran intelectual argentino Ernesto Sábato (en “Significado de Pedro Henríquez Ureña” — Ed. culturales Argentina— Buenos Aires 1966 p. 7).

“A medida que pasan los años... más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo”.

Una ovación cerrada acogió el final de las palabras del Dr. Manuel de Jesús Goico Castro. Al disponerse a presentar al encargado de clausurar el coloquio, el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, dijo:

“Hay otros aspectos que no podrán ser tratados, acerca de la múltiple personalidad de Pedro Henríquez Ureña, en este

coloquio. Por ejemplo, su formación filosófica, que lo hace un auténtico humanista, a través de sus tempranas lecturas de los clásicos, y que lo llevan, en la aurora de su adolescencia, a escribir un drama griego "El nacimiento de Dionisos", que Rodó clasificó como "lo mejor en su género escrito en nuestro continente". Sus conocimientos musicales, con una decidida admiración por Richard Wagner, el monstruo de creación en la lírica musical y Richard Strauss, cuya grandeza atisbó cuando apenas empezó a despertar el alba de su gloria.

"El otro aspecto que queremos mencionar, porque hartó se ha soslayado, es el poético. La poesía estremeció su alma desde su temprana muchachez, cuando ante el asombro de los que le conocían, se enfrascaba en la lectura de Shakespeare".

Alguien del auditorio, con la aprobación general, pidió al Dr. Lebrón que dijera algo de la poesía de Henríquez Ureña. El Dr. Lebrón dijo entonces:

"Ya en el 1897, y a la temprana edad de 13 años, se empapaba de simbolismo y parnasianismo franceses, regalándonos una traducción de Sully Prudhomme, de su poema *Aquí abajo* y una admirable paráfrasis de Bandelaire. También tradujo a Oswald Durand, el gran romántico haitiano, a quien su compatriota Luis Malpeau, el Gastón Deligne de la patria hermana, colocaba en la cumbre del romanticismo en su país.

Fácil le fue, pues, a Pedro Henríquez Ureña, asomarse a la poesía, fresca, elegante y revolucionaria de Rubén Darío; estremecerse con ella y cinglar la embarcación de su poder creador auroral por las aguas del modernismo. Notable fue su artículo *Rubén Darío*, escrito a raíz de la publicación de *Cantos de vida y Esperanza*, que clasificó como una obra plena y melancólica de hombre, y que inicia evocando *La Eneida* del grande y solariego Publio Virgilio Marón, y *La Gatomaquia*, del grande y regocijante Lope de Vega. Fue, precisamente, Pedro, el primero — y quizá el único —, en señalar una veta humorística en Rubén, el melancólico poeta de una dulce tristeza retozante en el alma, con aquel verso explicativo, y entre paréntesis, de su poema *El reino interior*:

Papemor: Ave rara. Bulbules: ruiseñores.

Entonces el Dr. Lebrón Saviñón buscó en el Tomo I de las *Obras Completas* de Pedro Henríquez Ureña, que publica la UNPHU bajo el cuidado del profesor Juan Jacobo de Lara, y explicó:

“Algo de gran importancia voy a decir, y que la historia de la Literatura Dominicana no ha señalado, porque en el rimero de obras, de altísima erudición de Pedro, su poesía ha sido injustamente soslayada: Pedro Henríquez Ureña debe ser considerado el primer modernista dominicano; esto es, el introductor del modernismo en la República Dominicana. Para muchos, este honor le cabe a Valentín Giró, quien con su soneto *Virgínea*, que vió luz en 1907, causó un gran barullo controversial, al ser premiado en los juegos Florales de aquel año ante la iracundia de Deligne, que no simpatizaba con los nuevos modos poéticos que aupaban el genio impar de Nicaragua, desde que en 1898 cambiara el rumbo de la estilística castellana, en sus rancias esencias, con su libro *Azul*.

Max Henríquez Ureña otorga mérito a la dulce soñadora Altigracia Saviñón con su poema *Mi vaso Verde*, publicado en 1903. Pero de acuerdo con la cronología, fue Pedro Henríquez Ureña quien con sus *Flores de otoño*, en 1901 (seis años antes que Giró y dos años antes que la Saviñón), se adentró en el espíritu novedoso y renovador de esta tendencia genial de nuestra ‘América’.

Para ilustrar su aserto, el Dr. Lebrón Saviñón hojeó los poemas de Henríquez Ureña y dijo:

“Aunque fue poeta de *endecasílabos*, cumbre musical de nuestra habla, desde que Garcilaso y Boscán fueron a beberlos en la hontana quejumbrosa de Petrarca, y le dio poca vigencia al octosílabo, verso natural de nuestra melodiosa lengua, se atrevió con combinaciones métricas que los modernistas impusieran, creando sus propios ritmos, en gran parte con versos añejos y olvidados.

Vamos a buscar, a manera de prueba, unos cuantos botones de su limitado ramillete rítmico. Combinaciones de

tetrasílabos con octosílabos y dodecasílabos en *Flores de otoño*:

*Crisantemos,
crisantemos como el oro
crisantemos cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol de mediodía,
las corolas como el mármol inmortal.*

Que se repiten, hojeando el volumen, agregándole un verso de diez y seis sílabas:

*En el cielo
sobre el fondo gris y opaco
brilla al sol lánguidamente, sin fulgores.
Y su lumbré desmayada cual de pálido crepúsculo,
es oscuro polvo de oro.
Pardas nubes
en el cielo.*

También aparecen combinaciones de nueve, doce y seis:

*En tanto, los árboles sueñan.
Ensueños de vida, de savia bullente
de ramas profusas,
de frescas y vívidas flores
y de brisas cálidas
de fecundo riego,
de aves amorosas, de cantos, de nidos.*

La usual combinación de 7 y 11:

*Con la vida, en la lucha
cuán temprano sentí, lloré cuán presto*

De 12 sílabas:

*Fue en tiempos lejanos, cuando florecía
la raza lejana bella y varonil.*

Este dodecasílabo fue uno de los metros — junto con el endecasílabo — que más usó.

Y también dio vigencia, con una valorización perfecta, al decasílabo temblador de música saltante y marcial:

*A su ocaso descenden, dijiste,
las creencias un tiempo sagradas.*

Pero no es sólo el metro lo admirable en esta olvidada faceta de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña que es su poésis, sino también, el dominio absoluto de la metáfora.

Algunas vienen, directamente, del romanticismo más sombrío y se remansan en un incipiente modernismo, no estruendoso ni pintorescamente novedoso:

*El alma triste cual corriente oculta
de muertas almas, gime entre las sombras.*

Sollozante quejumbre en versos densos, profundos como un solemne allegro gemebundo de dolientes violoncelos:

*“Violento río
en luminosos campos”*

“Mi corazón, oh mar! , tiene sus olas”.

“hondas grutas pobladas de cantares”.

“tu altar de rocas implacables”.

Hay repetidas alusiones, en sus versos, al “amaranto otoñal”, que tanto emociona después a Juan Ramón Jiménez y el mejor de los Machado. Pero también una melancolía mórbida, de puro resabio romántico, aparecerá en algunas de sus metáforas:

“Cielo gris opaco de lumbre desmayada”

“la tierra sin latido donde todo duerme”

“sollozos invernales”

Como si a un ventanal de su poesía se asomara Coppée:

"Palacios de sueños".

"el nido de los pálidos recuerdos"

Tras una pausa, el Dr. Lebrón Saviñón terminó así:

"Mucho más tendríamos que decir de la poesía de Pedro Henríquez Ureña, pero el tiempo no nos viene holgado. Que alguien lo diga con más autoridad que nosotros"

El profesor Juan Jacobo de Lara, compilador de las obras completas de Pedro Henríquez Ureña, puso final al coloquio con las siguientes palabras:

"Se me ha pedido que me refiera a la conferencia que dicté aquí, en este recinto, en Marzo último, sobre el tema de Pedro Henríquez Ureña: Apóstol de América. En esa ocasión enfoqué a nuestro gran compatriota como el continuador de la obra, en nuestro mundo hispanoamericano, de los grandes apóstoles del siglo diez y nueve, y sobre todo, como el continuador de la obra de José Enrique Rodó. Rodó fue el último apóstol del siglo diez y nueve y primero del siglo veinte.

A manera de Corolario a esa conferencia, les hablaré ahora, muy brevemente, de Pedro Henríquez Ureña El Orientador... *El orientador de Juventudes* a todo lo largo de su vida...

"Desde niño, orientando a su hermano Max, quien siguió sus pasos en la carrera de las letras; y continuando, durante su adolescencia, como elemento directivo de una juventud inquieta por saber y cultivarse en Santo Domingo natal.

"Más tarde, en México, ejerció el papel de un Sócrates, de un mentor, de un grupo de jóvenes "con ansia de saber" y de fomentar un clima de intelectualidad en la capital mejicana, que culminó en la Sociedad de Conferencias y luego en el Ateneo de la Juventud. A la cabeza del grupo, Pedro ayudó a reorganizar la Escuela de altos Estudios y enseñó en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México.

"Con sus escritos y con su cátedra siguió orientando juventudes: en Minnesota, luego en México nuevamente, y finalmente en la Argentina formó generaciones de alumnos que

se destacaron en el mundo de las letras, de la enseñanza, del saber; todos devotos de él, el maestro y orientador por excelencia.

“No puedo dejar de mencionar la obra orientadora de Pedro Henríquez Ureña aquí en su patria amada.

Aunque lejos, durante casi todo el transcurso de su vida, del terruño que lo vio nacer, Santo Domingo fue su preocupación predilecta. Muchos de sus escritos fueron sobre temas dominicanos. Como dijo nuestro esclarecido historiador, Emilio Rodríguez Demorizi, en su famoso mensaje con el justo título de DOMINICANIDAD DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: “Si Venezuela y Colombia de ufanan de haber producido a Andrés Bello y a Rufino José Cuervo, así nosotros podemos señalar a Pedro Henríquez Ureña como el más docto continuador de ambos maestros.” También afirmó Rodríguez Demorizi que podemos enorgullecernos de la aplicación, fervorosa dedicación de su sabiduría a las cosas dominicanas.

“El nombre de Pedro Henríquez Ureña brilla con creciente luminosidad en el horizonte intelectual y académico del mundo hispánico. El sigue orientándonos e inspirándonos con el ejemplo de lo que fue y lo que hizo con su devoción a NUESTRA AMERICA y, sobre todo, su devoción a su tierra natal, *su Santo Domingo*”.

Con estas felices palabras terminó el coloquio sobre la personalidad de Pedro Henríquez Ureña.